

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

“Este precepto os doy: que os ameis los unos á los otros como yo os he amado.”

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS.)

POBRES Y RICOS

Érase un matrimonio más pobre que las ratas y más viejo que el andar á pié. El marido se llamaba el tío Juan y la mujer la tía Juana.

El pobre tío Juan, sobrado de años y falta de fuerzas, se tendió un día en la cama para no levantarse más y la pobre tía Juana falta del único apoyo que le quedaba en la tierra, se dobló también como una caña rota y se marchó á la eternidad.

Juntos habían vivido y sufrido como cristianos y juntos después de algunos mesecillos de purgatorio comparecieron ante el tribunal de Dios, de donde salieron absueltos y con la boleta de alojamiento para entrar en el reino de los cielos; ¡si estarían contentos!

Apoyados el uno en el otro subía la feliz pareja todo lo aprisa que le permitían sus piernas antidiluvianas. Ambos esposos iban embebidos en risueños pensamientos, cuando he aquí que la mujer fué la primera que rompió el silencio.

—¡Juanico! dijo la tía Juana.

—Juanica; contestó el tío Juan.

—¿Pero has visto hombre qué bien nos ha recibido Dios? ¡quién había de pensar que á unos pobres tan miserables y con los zapatos rotos, se les había de hacer tanto agasajo?

—Ya lo ves hija; en el cielo las cosas van de otra manera.

—Y los ángeles, Juan, ¡qué gente tan fina! ¡cómo nos saludaban!

—Y la Virgen, mujer, ¿viste cómo nos sonreía?

—Vamos, está claro que aquí no pasa lo que en la tierra. ¡Ay! si nos hubiese visto por un agujero aquel ricachón que tanto nos despreciaba por allá abajo; aquel don Pedro Ponce de la Panza que.....

—Juana ¡por Dios! no vayas á echarlo á perder á última hora.

—Hombre, esto no es murmurar.

—Pero es que á tí te se va pronto la lengua.—Aun me acuerdo cuando preguntabas ¿qué le habíamos hecho nosotros á Dios para que nos enviase penas y trabajos mientras al rico le daba palacios y dineros y hablabas tu y me hacías hablar á mí y.....

—Vaya, no nos acordemos de esas tonterías, que bien caras hemos tenido que pagarlas en el purgatorio: mas ahora gracias á Dios, tendremos ocasión de gozar aquí de felicidad completa.

—Y veremos á cada cual en el lugar que se merece; pero..... calla, me parece que ya divisó las torres de la gloria.

En efecto, las doradas cúpulas de los palacios celestiales, se divisaban ya á lo lejos.

El vientecillo que soplaba del paraíso, les daba en el rostro á los vejetes y hacía saltar su corazón de alegría.

Poco después empezó á distinguirse la puerta del empíreo y á oírse una música encantadora.

Los viajeros apretaron el paso.

En aquel momento cruzó por encima de

sus cabezas un ángel hermosísimo que llevaba en la mano un pergamino sellado.

—Juana, este debe ser un mensajero celestial.

—Y sospecho, añadió Juana, que el pergamino es el telegrama en que se avisa nuestra llegada.

Antes que concluyeran de hablar ya estaba el ángel á la puerta del cielo dando golpes con el aldabón.

—¡Allá voy! gritó San Pedro abriendo enseguida.

El recién llegado entró, más no bien estuvo dentro cuando el santo portero abriendo enseguida las puertas del cielo de par en par y colgándose al cordel de la campana gorda, empezó á voltearla con toda su fuerza.

¡Dolondón! ¡dolondón! ¡dolondón!

Inmediatamente, una multitud de santos y santas acudieron presurosos al vestíbulo, hablaron un momento con el ángel y llenos de júbilo volvieron á entrar para tornar enseguida vestidos de gala.

Unos aparecían llevando en sus manos preciosas guirnaldas de flores; otros hermosas banderas; otros levantaban á toda prisa arcos de triunfo á la entrada del paraíso. La animación y el entusiasmo cundían por todas partes.

Terminados los preparativos, los habitantes del cielo se formaron en cortejo y empezaron á salir de dos en dos.

Era evidente para los ancianos esposos que en el cielo se preparaba una gran fiesta y que esperaban la llegada de algún personaje. Pero ¿quién sería este?

Ni el tío Juan ni la tía Juana osaban comunicarse sus pensamientos, pero se miraban de reojo y en sus rostros se traslucía una satisfacción interior que no podían disimular.

—Chica, si no me engaño, dijo por último el tío Juan, la comitiva se dirige hacia nosotros.

—No me cabe duda, respondió la tía Juana, porque el ángel nos señala con el dedo y á señas nos da la bienvenida. Saluda; hombre, saluda aunque sea con la mano si es que llevas el sombrero roto.

El tío Juan hizo una reverencia.

—Más hombre, más, más.

—Mujer, por Dios, que voy á caer de boca.

—¡Ay! si nos viese ahora aquel ricachón de don Pedro Panza que tanto nos despreciaba y.....

—¡Juana por Dios!...

—Esto no es murmurar hombre. Pero..... calla que ya llega la comitiva.

—Buenos días, amigos, dijo San Pedro llegando en aquel momento donde estaban los esposos. ¿Venís á nuestra casa? ya lo veo. Bien hijos, bien, bien. Aunque no me han avisado no importa: ya teneis vuestros sitios preparados y por cierto que son magníficos. Ya lo vereis. Pero ahora no tenemos tiempo que perder: vamos al encuentro de un rico del que Dios nos ha anunciado la llegada y es preciso recibirle con toda solemnidad. ¡A Dios, á Dios! Y diciendo esto continuó su camino.

El tío Juan y la tía Juana se quedaron con la boca abierta.

Pero aun la abrieron mucho más cuando á poco vieron venir caballero en una magnífica mula al rico á quien se esperaba y que no era otro que el señor don Pedro Ponce de la Panza que rodeado de ángeles y con la cara más satisfechota del mundo, venía haciendo saludos á derecha é izquierda.

—Pero chico; ¿esto qué es? preguntó la tía Juana poniéndose muy seria.

—Juanica, ¡por Dios! no vayas á echarlo ahora á perder.

—No seas pesado, hombre; esto no es murmurar: es únicamente decirte á tí, que ya ves como estabas equivocado; que hasta en el cielo se distingue á los ricos y que.....

—Pues mira, cuando Dios lo hace bien hecho está.

—Claro es que está bien hecho, pero yo no lo entiendo.

—Ni yo tampoco.

—¿Y qué es lo que no entienden ustedes? preguntó detrás de ellos una voz salida de la boca de un Santo teólogo que hacía rato estaba oyendo la conversación.

—Pues..... lo que no entendemos es ¿por qué en el cielo se distingue tanto á los ricos?

—Muy sencillo. Porque los ricos no entran en él más que de uvas á peras mientras que los pobres estan entrando todos los días; ¿quisiérais vosotros estar en su pellejo?

Los viejos se quedaron mirándose.

—Vosotros hijos míos, añadió el Santo, ¿no habeis leído el evangelio? ¿No habeis visto aquello que cuenta nuestro Señor de aquel Padre de familia que mandaba matar el mejor carnero de su ganado porque volvía un hijo que tenía perdido?

—Si, señor.

—Pues bien ese hijo perdido es hoy este rico que de milagro entra en la gloria. Justo es tocar las campanas pues los milagros no se hacen todos los días.

—Pero vamos, padre capellán, dijo la tía Juana, con muchos miramientos. Con el permiso de usted voy hacerle una pregunta: ¿no nos decían ustedes por allá abajo que no debíamos desear riquezas porque á los ricos les era tan difícil entrar en el cielo como á uu camello pasar por el ojo de una aguja?

—Si hijos míos; y os decíamos la verdad; porque ser buen rico es mucho más difícil que ser buen pobre; del mismo modo que es más difícil subir una cuesta cargado con un fardo que subirla en mangas de camisa. Mas por lo mismo ¿no es razón aplaudir al que cargado llegó arriba?

—Es verdad; dijo la tía Juana.

Y continuó el Santo Viejo.

—Harto trabajo tienen los ricos á quien Dios mandó subir cargados y llevar cuidado de no caer. Ni hay porque envidiarles mientras suben, ni porque dejar de aplaudirles si llegan arriba, ni porque extrañar que sean tan pocos los que llegan, y que se aconseje á los pobres que suben, que no

deseen cargar con fardos que Dios no les dá sin duda porque no tienen hombros.

Cuando el Santo acabó de hablar, los viejos volvieron á mirarse, pero su mirada fué distinta. Habían comprendido en aquel momento iluminados por la luz de los cielos, la razón de ser de la riqueza y de la pobreza; las diferencias de las virtudes y las fuerzas humanas; la razón por que Dios manda que nadie ambicione los bienes ajenos y que cada cual se contente con los suyos. Y, en fin, el mérito que tiene aquel que usando bien de sus riquezas y viviendo pobre de espíritu en medio de ellas, sabe darles el destino para que Dios las crió que es para contribuir á su salvación y la de los demás.

Fué tanta la alegría que entró al tío Juan y á la tía Juana al saber todas estas cosas y contemplar la sabiduría y bondad que resplandece en todas las obras de la Divina Providencia, que para espresarla no pudieron menos de irse derechos al señor don Pedro Ponce de la Panza y darle ambos un estrecho abrazo; y aún el tío Juan le añadió por su cuenta un beso en la punta de la nariz.

Después de lo cual, juntitos todos en amor y compañía, entraron cantando ¡hoyasanas! en las mansiones de la Patria Celestial.

Y cuento colorado por la chimenea se fué al tejado.

A. C. y G.

La hojita de propaganda

Al frente de una colección de hojitas de propaganda aparece escrito el diálogo siguiente:

- ¿De dónde vienes, hoja querida?
- ¿Que de dónde vengo? De donde vienen los rayos del sol á hermoear la fruta de los árboles. De donde vienen las gotas de rocío á coronar graciosamente á las flores. De donde vienen las brisas bonancibles á refrigerar las doradas mieses de Junio. Yo vengo del seno mismo de Dios.
- Y ¿qué es lo que quieres?
- Hablar de Dios, de Cristo y de su Iglesia conducir á Dios, hacer amar á Dios, ser apóstol de Jesucristo.
- Bien venida sea la que viene en Nombre del Señor; bien venida sea á mi pobre morada. Entra, pues, en ella como en tu posesión, y derrámese en torno suyo, como olor de campo lleno, la celestial fragancia de la doctrina de mi Señor Jesucristo.

LA BABEL MODERNA

Imposible me parece, aun cuando recorramos la historia entera de la humanidad, que se pueda encontrar época alguna en que el espíritu de los hombres se haya entregado á mayores extravíos y locuras que en los tiempos presentes.

La sociedad contemporánea empéñase en reedificar y reconstruir la derruida torre de Babel.

Cierto que el castigo perdura; que las más diversas y extrañas lenguas se hablan por los actuales habitantes de la tierra, pero el crimen se renueva con más graves circunstancias y la insensata soberbia se enseñorea

más y más de todas las almas.

Queremos escalar los cielos y conquistar la Felicidad Suprema para repartirla y disfrutarla en esta vida de misterios; queremos ser dioses y poseídos de esta insania, nos arrojamus en brazos de Luzbel.

La guerra á todo lo santo estalla amenazadora y sañuda; los dardos y flechas lanzados con satánica furia se dirigen á lo alto, rasgando las nubes é intentando herir en su Divino Corazón al que es el Sumo Bien y la Suma Verdad.

Las blasfemias más horribles salen á diario de labios de los jefes de ese ejército de Belial. Oid cómo se expresa uno de estos: «¿Qué es bueno? Todo lo que aumenta en el hombre la voluntad del poder, el poder mismo. ¿Qué es la dicha? El sentimiento de que el poder se agranda.

Perezcan los débiles; primer principio de nuestro amor al hombre. Y hasta hay que ayudarles á desaparecer. ¿Qué es lo más nocivo que cualquier vicio? La piedad de la acción con los débiles.» Esto escribía el pseudofilósofo Nietzsche, pocos años antes de morir loco y abandonado en las desiertas y áridas regiones de Sils Maria.

Si podeis contener un momento más vuestra repugnancia, oid como desbarra otro de esos jefes, Carlos Malato que acaba de ser acusado como cómplice en el atentado de París y cuyos escritos andan de mano en mano por fábricas y talleres: «Todos los dogmas están llamados á ser sustituidos por la filosofía edificada sobre las bases del racionalismo científico. Las leyes naturales eliminan la idea de Dios.»

Ahí teneis los modernos hijos de Babel más impíos, más soberbios, más orgullosos que los de los tiempos antiguos.

La torre fabricada por ellos llega ya desgraciadamente á considerable altura, pero el castigo se repite también con intensidad mucho mayor.

La confusión no está hoy en las palabras, sino en las ideas y en los espíritus; no es solo que unos y otros no se entiendan, sino que no se entienden ellos mismos. Viven y mueren en la mayor contradicción.

Esos conquistadores de la felicidad terrena exhalan su último suspiro vomitando odios y rencores; los amantes y enamorados de la vida se suicidan; los ardorosos defensores de la libertad obedecen esclavos á una consigna: los detractores de lo que titulan fanatismo religioso, cantan himnos de alabanza á sus falsos mártires. ¿Qué hacen pues en medio de tanta confusión? ¿Dónde está la verdad? ¿Qué camino seguir? ¿Cuál es

la verdadera vida? Fácil es contestar. En Roma está la respuesta. Oigámosle y obedezcamos, que él es el Vicario y Representante de Aquel que lleno de bondad y dulzura dijo: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.

S. V.

La Fé y la Razón

Del mundo la estrecha vía
 Dos hombres iban cruzando:
 Uno su inquietud mostrando,
 Mostrando el otro alegría.
 De vez en cuando exclamaba
 El que iba inquieto:—Tal vez....
 Y el que iba alegre una prez
 Con santo fervor rezaba.
 —¿Quién te guía? preguntó
 Al primero.—La Razón.
 ¿Y á tí?—Yo en mi corazón
 Llevo grabada la Fe.
 —De mi ciencia con la luz
 Yo marchó del bien en pos....
 Sin hallarle.—Yo hallé en Dios
 La esencia de la virtud.
 —Yo mil veces desespero
 De hallar justicia en la tierra.
 —Ese temor no me aterra,
 Sé que hay un Dios justiciero.
 —Yo he negado el mal también;
 Todo, me dije, es fatal,
 Y el bien juzgué como el mal.
 —Yo sé que Dios es el Bien.
 —Cuando el dolor me affigió
 No hallé en la tierra consuelo.
 —Yo alcé los ojos al cielo,
 Y el cielo me consoló.
 —De este mundo no gocé,
 Que hice su estudio profundo.
 —Yo dije «Dios hizo el mundo»
 Y á Dios y al mundo admiré.
 —Hoy que la vida se acaba
 Mi pobre razón advierte,
 ¿Qué hay más allá de la muerte?
 —La vida que yo esperaba.
 —Si miro atrás solo noto
 El tiempo que he malgastado;
 Y delante, lo ignorado,
 Siniestro, oscuro, remoto.
 —Delante veo el consuelo
 Del dolor que atrás dejé.
 —Adiós.—¿Dónde vas?—No sé.
 —Adiós.—¿Dónde vas?—Al cielo.
 Y luego la estrecha vía
 Los dos siguieron cruzando:
 Uno su inquietud mostrando,
 Mostrando el otro alegría.
 Así marchar los miré
 Y dije en mi fuero interno:
 La Razón, peligro eterno;
 Eterna dicha la Fe.

JUAN RUIZ

Una frase de Alejandro Dumas

Hablando de sobremesa en casa de un opulento banquero de París sobre la existencia de Dios, dijo un general muy conocido:

—Pero ¿cómo puede hablarse en serio en nuestra época de semejantes simplezas? Yo, por mi parte, no puedo, por más que hago, darme cuenta de ese ser misterioso á quien llaman Dios.

—Mi general — replicó el naturalista y escandaloso literato Alejandro Dumas, que se hallaba presente;— en mi casa tengo dos perros de caza, dos monos y un toro, que son exactamente de su misma opinión.

CHARLA

—¡Anda, anda, en buen lío se ha metido usted con esto del periódico! Ya verá los disgustos que traen los dichosos papeles. ¡Estoy yo más escarmentado de ellos desde una vez que perdí un pleito!...

—Se por experiencia, amigo Arturo, que los periódicos dan más sinsabores que alegrías, pero si estos sinsabores son ocasionados por defender la causa de Cristo, que no me negarás es la causa del bien, ¿qué mayor complacencia para un corazón cristiano?

—Bueno..... si..... pero igual se puede ser bueno sin meterse en tales berenjenales.

—Cierto es, aunque resulta un poquito egoísta mirar únicamente á nuestra salvación sin cuidarnos de la del prójimo. Hoy más que nunca es necesario acudir en socorro de esas pobres víctimas de la ignorancia y de la miseria. ¿No ves á los propagadores del mal cómo arrecian en sus campañas?

—Tiene V. razón, ¡poco que se alegrarían los pillos si los buenos se metieran en sus casas!

—Ahora al menos razones. Dime, ¿te ha gustado este papelito?

—Le diré á V... más me gustaría si trajese cosas de reír. Está uno tan aperrado con las trastadas de este pícaro mundo que.... vamos, aunque no sea más que para olvidarnos algo, mejor se va uno detrás de quien nos hace reír que de quien nos hace llorar.. ¿No ve V. lo que pasa en los teatros que va más gente á ver las funciones de risa que las de llorar?

—Descuida, ocasiones tendrás bastantes de reírte con mi papelito. Yo procuraré hacerte todo lo ameno que pueda, aunque unas veces la cosa irá en serio y otras en broma, según las circunstancias. El objeto es darte á conocer aquí algo de lo mucho bueno que circula por esos otros periódicos católicos á los que, claro, tú no puedes suscribirte.....

—Por estar el bolsillo más chato que una oblea.

—Eso mismo y porque no tendrías tiempo á leer tanto.

—¿Y cuánto me va á costar á mi toda esa ganga?

—Absolutamente nada.

—Entonces es ganga y media.

—Me conformo con que tú y otros como tú lo lean.

—¿Quién paga entonces?

—Los que buenamente puedan y quieran.

—Pocos serán, están los tiempos muy malos ¡hay una crisis!...

—Más de los que tú te figuras, como que casi todos los gastos tengo cubiertos. Hasta la fecha, salvo poquísimas excepciones, todas las personas de posición más ó menos acomodada á quienes he acudido respondieron á mis deseos mejor de lo que yo pudiera imaginarme.

—La curiosidad me esta haciendo cosquillas por saber quiénes son esas excepciones que V. dijo antes.

—Pues algunas personas que no comprenden negocio sin el correspondiente tanto por ciento. Al principio me miraron como á un bicho raro. «¿Se va V. á meter en esa empresa? Hombre, hombre desista usted, es negocio perdido,» me decían. Como si el negocio de la salvación de las almas no fuese el más importante y el más productivo de los negocios, figúrate, es de los que da el ciento por uno.

—¡Recontra!, apúntame á mi para ese negocio.

—Estás apuntado. Trabaja en la propaganda de la verdad, facilita un buen periódico á tus compañeros de trabajo y ya te

llegará la recompensa. Hay más todavía respecto de este papelito que hoy pongo en tus manos. Cuando después de cubiertos todos los gastos nos quede algún sobrante...

—¿Dinero sobrante habiendo tantos pobres á quienes hace falta?

—Espera, hombre, espera, á eso vamos.

—Cuando después de cubiertos todos los gastos nos quede algún sobrante, éste lo repartiremos. por sorteo, entre familias pobres.

—¡Bravo, bravo! Eso se llama *pedricar y dar trigo*; ¿y para cuándo será?

—No creo que tardemos mucho.

—¡Coime, que Dios haga prosperar esta obra!

—El te oiga para bien del necesitado de pan y catecismo.

Consecuencias de la irreligión

Hay en las acciones de los hombres un encadenamiento terrible. Cuando quebrantan la ley que les une á Dios, necesariamente deben romperse mil otros vinculos. Ante todo, desaparece la fraternidad nacional; después se deja de amar á la familia, luego se deja de amar al país, y por último, se deja de amar el honor. Desvanécese el principio de todas las grandes cosas y todos los grandes afectos, y sólo queda el egoísmo, dispuesto á todo á trueque de alcanzar algunas satisfacciones materiales y privadas. ¿Á quién no hará traición sobre la tierra el que ha hecho traición á Dios?— (Veillot.)

Los explotadores de las huelgas

Se ha descubierto recientemente en Chicago una verdadera organización del que pudiéramos llamar *fraude huelguista*, que varios aprovechados *meneurs* de los obreros revolucionarios explotaban con gran provecho de sus desaprensivas personas. Parece ser que muchos de los agitadores socialistas de aquella región, los que bullían en mitins, huelgas y algaradas, eran unos grandísimos tunantes que se enriquecían por medios ilícitos, huyendo luego al Canadá para gozar tranquilamente el fruto de sus abominables rapiñas.

Su manera favorita de enriquecerse era la misma que hace años fué empleada en Nueva-York por otros *vivos* también marxianos, á saber: obligar á los fabricantes á pagar un tributo á los agitadores bajo la condición de que éstos no lanzasen los obreros á la huelga. En caso de negativa por parte del fabricante, era declarada la huelga, y los patronos tenían que pagar mayor suma y sufrir infinitas contrariedades antes de que los directores de la huelga se decidiesen á reanudar los trabajos; de modo que, por propia conveniencia, los fabricantes, optando por el mal menor, se sometían á las exigencias de aquellos bandidos.

Pero pronto el capitalismo sin entrañas, aprendiendo las picardías de

los *meneurs* socialistas, pudo aprovechar muy guapamente el arte de aquellos. Según se ha descubierto, muchos fabricantes tenían subvencionados á varios agitadores para que declarasen la huelga en los establecimientos rivales; y como con éstos empleaban los explotadores el mismo procedimiento exactivo, el negocio resultaba completo.

Así se comprende que en pocos años de profesión revolucionaria los *meneurs* yanquis hiciesen grandes fortunas y se retirasen luego al Canadá á vivir *en burgués* del producto de las rentas, sin ocuparse para nada de la cuestión social, como si tal cosa no existiese en el mundo.

Siempre hemos pensado que esta profesión de agitador de muchedumbres inconscientes era muy dada á todo género de maldad, sobre todo cuando los sujetos que de tal fuerza son dueños no están enfrenados por los mandamientos de una moral positiva y severa. Cuando no hay ideas de orden transcendente que sostienen la acción de la voluntad, sólo el cálculo egoísta puede explicar ese esfuerzo extraordinario, ese cúmulo de trabajos, de dolores, de peligros, que supone la dirección de las multitudes. El vil fraude descubierto en Chicago viene á confirmar esta presunción, y á servir de saludable aviso á los obreros que se dejan guiar, como un rebaño, por el primer *vivo* que se pone ante ellos.

F. León.

Deberes del obrero en los días festivos

Deberes religiosos.—Para dar satisfacción á las obligaciones que impone Dios y su Iglesia; por eso se dice: *Santificar las fiestas.*

Deberes familiares.—Porque como son días de libertad para el obrero, éste debe estar en ellos con su mujer y con sus hijos.

Deberes de higiene.—El obrero debe buscar el tranquilo descanso de sus energías para recobrar las fuerzas perdidas en la semana del trabajo y encontrarse en condiciones de resistencia para continuar sus ocupaciones al día siguiente.

Deberes de economía.—El obrero no debe aprovecharse de la festividad para hacer derroche de su salario, sino economizar para atender á las necesidades familiares en la siguiente semana.

Deberes recreativos.—Es justo y hasta necesario que el obrero tenga días en que pueda distraerse en lícitos y honestos recreos.

Finalmente, corresponde al obrero

realizar los días festivos el *deber de la instrucción*, cuando en el transcurso de la semana no dispone de tiempo para ello.

Del alcoholismo

En la actualidad, los alcoholizados dan el mayor contingente á los Hospitales, Manicomios, establecimientos de beneficencia, prisiones y penitenciarías; sus hijos pueblan los Hospicios, casas de corrección, Hospitales de niños y Asilos de niños abandonados; por último, los alcoholizados y sus descendientes son los que dan cifras cada vez mayores entre los suicidas, alienados y epilépticos. Así, pues, el alcoholismo, reputado como pecado mortal en la Iglesia, convierte á las familias en enfermos gravísimos y es un peligro constante á la sociedad.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Satisfechos pueden estar nuestros favorecedores. El primer número de EL AMIGO DEL POBRE se ha repartido con profusión entre la gente trabajadora, gracias á las facilidades que en todas partes nos han dado distinguidas personas á las que quedamos muy reconocidos, pidiendo á Dios recompense sus bondades para con este modesto papelito.

Especial mención debemos hacer aquí de los dignísimos Jueces de 1.^a Instancia y Municipal de esta localidad D. Antolín Mosquera y D. Francisco de Borja Laviada quienes no solo otorgaron al instante su permiso para la repartición de EL AMIGO DEL POBRE en la cárcel de esta villa sino que recomendaron al celoso personal de la misma se tomase la obra como cosa suya.

Volvemos á repetir, que Dios pague á todos estas caridades.

Seguramente que en la distribución de nuestro primer número se habrán padecido lamentables omisiones, muy naturales en esa aglomeración de trabajos de todo periódico que empieza.

Por tanto quienes no hubiesen recibido el número y lo deseen, para conocerle ó suscribirse en su entusiasmo por la difusión de las buenas lecturas, pueden desde luego pedirnoslo y se lo facilitaremos con mucho gusto.

Lo que deseamos es que se propague lo más posible, que en todas partes se lea este papelito. Nosotros con la satisfacción que nos proporciona el cooperar en la medida de nuestras fuerzas á la propagación de la verdad y con poder cubrir los gastos indispensables, tenemos bastante.

Si alguna persona conservase aún en su poder la circular que se le ha dirigido y quisiera suscribirse, nos haría un señalado favor con entregar, cuanto antes, la nota pedida en el Comercio la Época, calle de San Bernardo, 23, donde podrán aclararle cualquier duda que tuviese respecto al modo de hacer la suscripción.

IMPRESIONES DE UN OBRERO PROTESTANTE EN UNA AUDIENCIA DE PIO X.—Uno de los jefes de una Sociedad de obreros ingleses, que había ido á Roma á estudiar las huelgas de los Caminos de hierro, pudo, gracias á un conocido suyo, incorporarse á un grupo de extranjeros que iban á ser recibidos en audiencia por el Papa.

«A poco de habernos colocado en el salón de la audiencia—escribía el interesado á un amigo suyo,—entró el Papa, sin boato, sin ruido y sin guardia, y acompañado sólo de un joven sacerdote. Lo que más me sorprendió al ver entrar á aquel anciano vestido de blanco, fué la sencillez con que se dirigió hacia nosotros. De pronto se encontró frente á mi, y yo, involuntariamente, caí de rodillas á sus pies y le besé respetuosamente el anillo de la mano, que me tendió para ayudarme á levantar, y dirigiéndome una bondadosa mirada de paternal solicitud, le oí decirme:—Hijo mío, yo te bendigo.—En aquel momento hubiera dado mi salario de una semana por saber algo de italiano para expresarle mi agradecimiento; pero tuve que contentarme con manifestárselo dirigiéndole una mirada de gratitud, con los ojos humedecidos de lágrimas de la más dulce emoción. Ahora jamás olvidaré esos quince minutos que permanecí ante el Pontífice católico, que tanto se interesa por los obreros y los humildes, y que, á pesar de su elevadísimo cargo, conserva siempre la encantadora sencillez de un hijo del pueblo que no se ha engreído al llegar á las alturas.»

CASOS Y COSAS

—Vea V. lo que dice este periódico de la Corte, respecto de las atrocidades descubiertas en un Asilo clerical, no de allá lejos, del extranjero, sino de aquí cerquita, donde la comprobación es fácil. ¡Si cuando yo digo!...

—Leamos esa noticia estupenda, quizás el último y definitivo golpe de muerte para el Catolicismo que hace veinte siglos le están matando y nunca acaba.

«Horribles tiranías en un Convento.—Pueblo indignado.—Rotura de cristales.—Piden el castigo de las monjas.—Policía impotente.»

—Los títulos son llamativos.

«Ayer al saberse de público los malos tratamientos que las monjas del Asilo de X... daban á sus asilados, el pueblo, indignado, rodeó el edificio apedreándolo, sin dejar cristal sano. El grito unánime era ¡que castiguen á las monjas, que las expulsen! La policía se mostró impotente para contener el tumulto. Los ánimos continuaban excitadísimos. Seguiré telegrafando lo que ocurra.—El Corresponsal.»

—¿Quiere V., amigo, que demos una vueltecita por el Asilo á saber qué hay de cierto en esto que se cuenta?

—...Está algo lejos...

—Alquilamos un coche.

—Entonces... bueno.

II

—En el Convento no pregunte V. porque han de desfigurarnos los hechos.

—No; aquí á este vecino. Oiga V. buen hombre, ¿qué pasó en ese Asilo hace cuatro días?

—¿Cómo que qué pasó?... No le entiendo.

—Sabe V. leer?

—Si señor.

—Lea V. esto:

«... ¡Que las Hermanitas tratan mal á los ancianos!... que nosotros nos amotinamos

y tiramos piedras al Asilo!... ¡qué pedimos que las expulsen!... ¡Cuánta mentira, señoritos! ¡qué calumnias más infames! No, señoritos, no crean esas cosas que les cuentan. Las Hermanitas son muy caritativas, muy buenas, todos las queremos mucho y los pobres ancianos más aún, y si no, escuchen Vdes. á ese pobre viejecito que viene hacia aquí.—Oye, Pachín, ¿cómo os tratan las Hermanitas? desean saberlo estos señores.

—Mucho bien, mucho bien y cuánta paciencia necesitan con nosotros; son unas santas. ¡Ah, si no fueran ellas!...

—Pues ahí se ven cristales rotos, luego algo hubo.

—¿Sabe V. cómo fueron rotos esos cristales, señor guardia?

—Pues unos cuantos pilletes que anduvieron por aquí hace cuatro ó cinco días á la guerrilla. Buena carrera les metí en el cuerpo, si los llevo á coger...

—¿Y no hubo más?

—Que yo sepa, que soy el vigilante, no, señores.

—Ahora ya sabes cuál es el pueblo honrado que apedrea Asilos para el corresponsal de tu periódico; por qué fueron rotos esos cristales y por qué la policía resultó impotente. ¡ja, ja, ja!

—Hoy mismo voy á escribirle al Director del diario para que rectifique los hechos.

—No te molestes en ello.

—Por qué.

—Porque esos periódicos no acostumbra á rectificar tales noticias.

“EL AMIGO DEL POBRE”

Siendo el fin principal de nuestra publicación dar al obrero lectura sana á la vez que recreativa, instruyéndole de paso en sus deberes de católico y de ciudadano, al celo de las buenas almas por el bien de las clases populares nos encomendamos suplicándoles su ayuda, moral y material.

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta. 7 pts. al mes.
100 núms. (50 por quincena).. 4 » al »
50 » (25 » »).. 2 » al »
24 » (12 » »).. 1 » al »
10 » (5 » »).. 0'50 al »
Paquete certificado 0'25 de pta. más.

Agradeceríamos mucho á nuestros favorecedores efectuasen los pagos por adelantado.

Proponiéndonos repartir esta publicación por cárceles, tabernas y otros sitios públicos, advertimos á los señores que se suscriban que si no quieren recibir más que un número dejando los demás que les correspondan para que los distribuyamos nosotros, serán religiosamente cumplidos sus deseos, para lo cual contamos con activos corresponsales.

La correspondencia al Director, calle de S. Francisco de Paula.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Época», San Bernardo, 23.

Impreso en el Colegio y Talleres de S. José para Niños Huérfanos.—Gijón